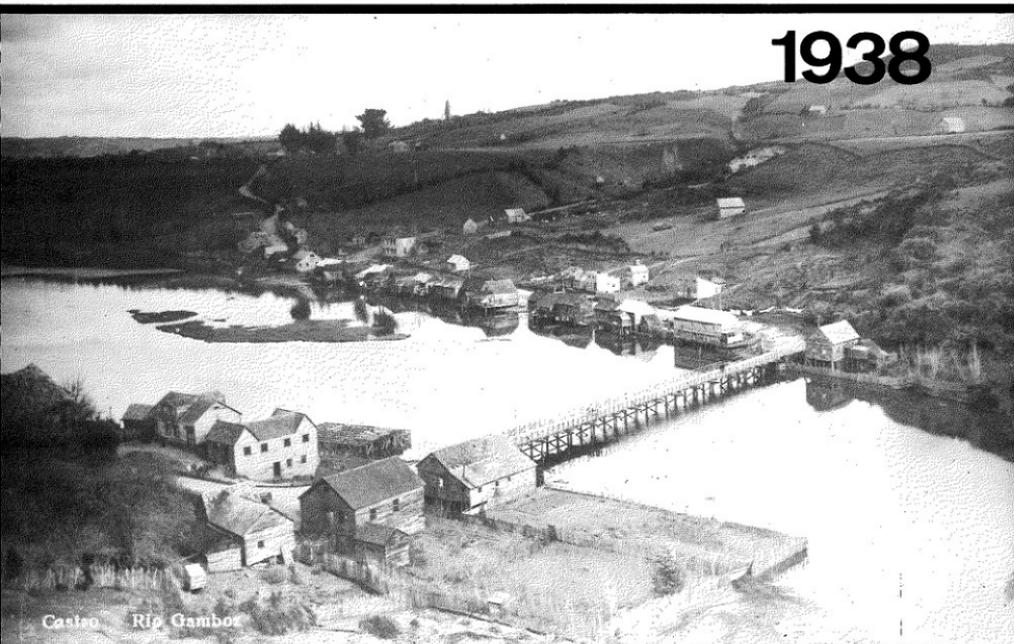


EL PUENTE

La marisma del Gamboa era un bellissimo cuadro si se contemplaba desde la plazuela, único mirador de la ciudad concebido como tal para disfrutar de aquel exterior. Estos márgenes más próximos invitaban a los paseos de verano que por esos años se hacían a pie o a caballo para encaramarse por el senderito —hoy trajinada calle— que llevaba a Gamboa Alto, desde donde se podía contemplar la ciudad. Entonces el barrio Gamboa era como un pueblito, como los muchos de Chiloé, unido a Castro por un largo y angosto puente de madera transitado por peatones, jinetes y las ocasionales pasadas del “camión de caminos”.

A fines de la década del 40, el puente se cortó y la comunicación entre ambos lados del río tuvo que hacerse por el lecho y sólo en las horas de bajamar.

Hacia el poniente y río arriba estaba “El Tranque”, que era como el paraíso, con su cascada que se despeña en medio de un paisaje excepcionalmente bello y lugar preferido por el castreño desde la primavera al otoño. El extraordinario panorama que ofrecían sus aguas y bosques, además de la quietud y silencio que allí reinaban, lo hacían el paraje más frecuentado por las parejas de enamorados. Hoy se halla casi cerrado por la vegetación que ha cubierto los an-



Castro, Río Gamboa



1930



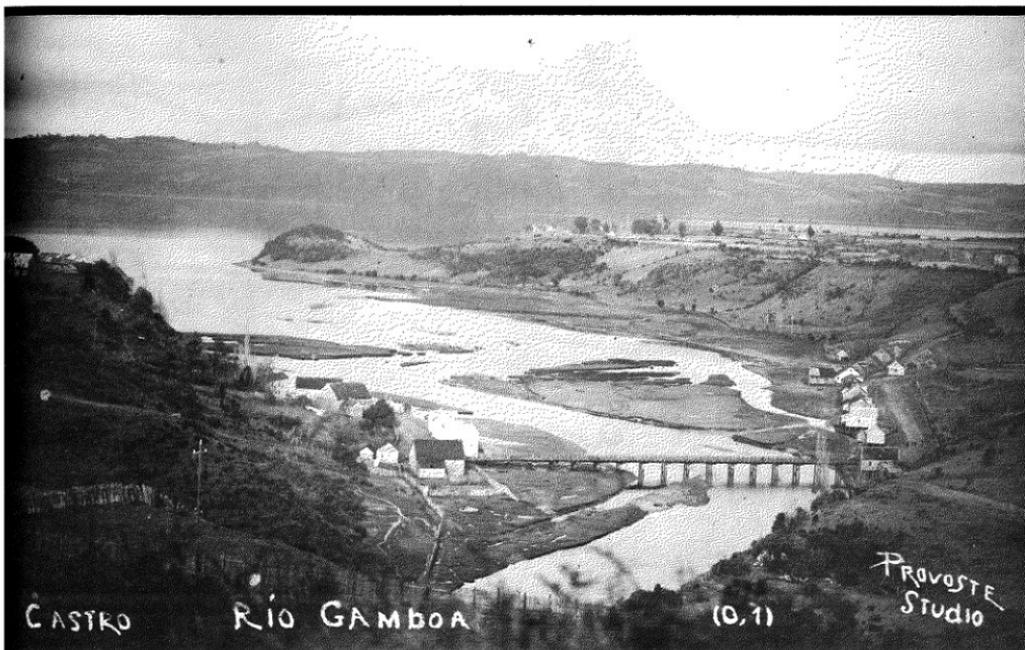
HOY

GAMBOA

tiguos senderillos que conducían hasta la misma cascada. La ciudad que ha crecido hasta las proximidades de "El Tranque", le ha robado también la privacidad de añoño. Más arriba de la catarata, el río caprichoso con sus aguas tranquilas, transparentes y profundas, jalonado de espesos y bellísimos bosques, ofrecía la incomparable delicia de los paseos en bote en medio de ese follaje que estaba allí desde la Creación y bien poblado de aves, hoy casi desaparecido.

Todo el sector situado al poniente del área urbana y al norte del río, desde "El Roble" hacia

arriba, era "el campo". Una casita aquí, otra allá, como detalles dentro del amplio espacio verde de La Chacra que se extendía a ambos lados del camino que serpenteaba hacia "El Cruce" y terminaba casi perceptible en "La Montaña". Del camino salían senderillo del ancho de un "catango", generalmente oscuros y húmedos aún en verano, recorridos por espesos matorrales, habitat preferido de zorzales y tordos. En todo el sector abundaban arboledas de arrayanes, avellanos, álamos y tupidas matas de "chupones". Allí estaban los terrenos de don "Nano" Bórquez, la cancha Tirachini, que servía de pista de aterrizaje



antes de 1947, año en que comenzó a usarse el nuevo aeródromo de Gamboa, y otras propiedades bien pobladas de manzanas y trigales.

En el lado sur del camino, extensas arboledas de variadas especies se sucedían compactas desde las proximidades del cerro Millantui hasta los terrenos de los Cárcamo, más arriba de "El Cruce". Una de estas propiedades se conocía con el nombre de Marcelo Colín por una animita así llamada que estaba junto al camino a comienzos de los años 50. El resto de este bucólico paisaje estaba compuesto de pequeñas parcelas con bien cuidadas huertas y almácigos, que

explican el por qué se le llamaba "La Chacra" a todo ese margen poniente de Castro. Su ondulada topografía, sus diversos tonos de verde, la abundancia de matorrales y apretados bosquecillos, hacían de este espacio la delicia de la recreación y de la caza de zorzales.